



El sábado en la tarde —con un Nueva York a un ritmo más pausado—, quizá sea la mejor ocasión para visitar el legendario *Hotel Chelsea*, así su esplendor no sea hoy el mismo y el costo y los huéspedes —como nos lo explica uno de sus residentes —, no se diferencien mucho de los de cualquier hotel turístico de la ciudad.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que no fue así, y en que el interés y mecenazgo de su administrador, Stanley Bard, quien no hace mucho fue despedido, convirtió esta vieja edificación de la calle 23 (222 West), manejada por su padre y luego por él, en el mayor refugio de artistas, músicos y escritores que se conozca. En un verdadero ícono de Nueva York.

H o t e l C h e l s e a



de contracultura de los años sesenta y setenta, que terminaron por cambiar el rostro de Norteamérica. A ellos se pueden agregar, entre otros muchos, los nombres de Bukowski, Bob Dylan, Janis Joplin, Sartre, Beauvoir y Arthur C. Clarke, quien escribió *2001, Una odisea del espacio*, en una de aquellas habitaciones. O cineastas como Ethan Hawke, quien filmó *Chelsea Walls* (2001), mientras vivía allí y se recuperaba del divorcio de su mujer, así como Stanley Kubrick y, más recientemente Abel Ferrara, quien basado en la historia de la misteriosa muerte de Nancy Spungen, novia de Sid Vicious de los Sex Pistols, realizó *Chelsea on the Rocks*.

Con la pintora Ana Patricia Palacio y el escritor Fernando Macías, después de tomar el metro en la calle 53 e iniciar



Las placas colocadas en el portal de la entrada, que hacen memoria de sus inquilinos célebres, recuerdan a varios de los que pasaron largas temporadas allí, escribiendo sus libros: Thomas Wolfe, Arthur Miller y, el más recordado de todos, porque fue en el bar del hotel, donde una mañana de 1953, haciendo caso al susurro de sus demonios interiores, el poeta galés Dylan Thomas se tomó dieciocho whiskys, que lo dejaron de un azul violeta.

Temporadas también pasaron allí William Burroughs, Carl Salomon, Allen Ginsberg, Jack Kerouac, el grupo de poetas Beatnicks, activistas del underground y los movimientos





El hotel se parecía casi a la misma vida

Arthur Miller

nuestra caminata por el East Village y el Soho, que hoy también son otra cosa, hemos querido echar un vistazo a esta vieja leyenda donde, apenas cruzar la calle, ya nos espera una sorpresa.

Sobre la fachada, al nivel del cuarto y quinto piso, ondean algunos pasacalles con un mensaje contundente: “¡Que vuelvan los poetas!”. Por su aspecto deslucido y arrugado, se ve que llevan tiempo allí y no resulta difícil saber qué resultados habrán tenido frente a la actual administración, en manos de personas menos románticas y bohemias.

La casualidad ha querido que en el *hall*, mientras observábamos las pinturas, móviles, esculturas y artefactos, de varia pinta y de gusto discutible que adornan el lugar (Kitsch, diría uno), apareciera la fotógrafa Linda Troeller, conocida de Ana Patricia Palacio, quien tiene su estudio en el noveno piso, intercediendo luego para que se nos permitiera conocer su interior.



ción del espíritu hospitalario, bohemio y artístico, que fue su sello en otros tiempos y que explica por qué, por ejemplo, Nathalie de Saint Phalle, en su famoso libro *Hoteles literarios*, destacando el papel que el *Chelsea* ha tenido en la vida literaria y artística de Nueva York, le dé el lugar destacado que a ningún otro, dedicándole las páginas y frases admirativas que para los demás escasean:

El hotel [dice] es un monumento a la gloria de la decadencia, sin otra razón que el genio de los lugares, sin otra organización que unos cuantos principios libertarios y cierta idea de la armonía. Es el imperio de la Anarquía con vistas al Empire State Building, perpetuamente atiborrado de pintores, escritores, músicos... Es un hotel de psicosis, un hotel psiquiátrico, el hotel de la más delirante imaginación, un santuario de creación, con sus víctimas consentidoras.

Lo dicho. ■



Según Linda, de arriba abajo es la mejor manera de “ver” el *Chelsea*. Un armatoste que funge de ascensor, y que en un principio se resiste a subir con nosotros, nos lleva al último piso, dejándonos en un corredor rectangular, desde cuyas barandas de hierro forjado se pueden apreciar, siguiendo el foso, las escaleras en su conjunto, una pieza artística, que es también la columna vertebral de la edificación. Arriba la luz entra sin obstáculos, gracias al tejado cristalino, lo que lo diferencia de los otros pisos, donde una suave y decadente penumbra acompaña pasillos y rincones.

Llama la atención allí el enorme móvil con fotos pegadas en acrílicos en forma de luna, de Joseph Beuys y Andy Warhol —un artista al cual se guarda una devoción particular en el *Chelsea*, si se tiene en cuenta los dos enormes collages fotográficos dedicados a él, donde aparece con Cassius Clay, por ejemplo, en una foto por lo menos curiosa, y que se encuentran al bajar al primer piso—, que pende del cristal y se suma a las pinturas, por lo común expresionistas, que adornan las paredes, sin mucha ciencia ni ventura, y que al multiplicarse piso por piso (sumadas al tono descolorido de las paredes), terminan por crear una atmósfera necesitada seguramente de aire fresco, lo que en otra época era parte de su encanto, pero ahora es simple decadencia física.

El *Chelsea* no es una galería ni una sala de exposiciones, por supuesto; pero ofrecer sus instalaciones al trabajo de sus huéspedes, es la manifesta-

